

Filosofía y poesía en el pensamiento de María Zambrano

*María Antonia González Valerio**
Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad Nacional Autónoma de México

*He preferido la oscuridad que en un tiempo ya pasado
descubrí como penumbra salvadora, que andar errante,
solo, perdido, en los infiernos de la luz.*

MARÍA ZAMBRANO, *FILOSOFÍA Y POESÍA*

Palabras clave: filosofía, poesía, unidad, enfrentamiento, reconciliación

Es indudable que desde el nacimiento de la filosofía, ésta ha establecido siempre diversas relaciones con la poesía, a veces más tirantes, en ocasiones más cercanas y otras casi de un completo olvido. También es cierto que las relaciones entre filosofía y poesía han estado presentes constantemente en el pensamiento occidental. En Grecia es posible señalar el nacimiento de la filosofía frente a la poesía, a un saber poético ya establecido, de modo tal que la filosofía debió ganar su lugar, fijar su verdad; empresa lograda, en gran medida, por la conocida condena platónica de la poesía.

En Grecia se instauró la condena: con la llamada *crisis de la razón* se volvió indispensable replantear y repensar las relaciones entre filosofía y poesía. Desde que Friedrich Nietzsche anunció la muerte de Dios, gran parte de la filosofía se encontró errante, deambulando ya sin rumbo —sobre todo sin un *telos*— fijo;

* mariann@servidor.unam.mx

se preguntó entonces, de nuevo, por su proceder y, por ello, también, por su procedencia. En este camino colmado de incertidumbre, pero sobre todo de anhelo de encontrarse, de *re-encontrarse*, la filosofía se negó a voltear la mirada hacia la ciencia como única fuente de certidumbre y de certeza y se atrevió, más bien, a descender al abismo y a dialogar con la poesía, puesto que buscaría ahora en ésta, y en las artes, su *re-encuentro* consigo misma e, incluso, su *re-fundación*.

En este camino aparecen Nietzsche, Martin Heidegger y Hans-Georg Gadamer, entre otros muchos; todos ellos detractores y mordaces críticos de los racionalismos. Más no sólo eso: ellos también apostaron por las artes, por una comunión entre filosofía y poesía, por un *re-posicionamiento* y *re-planteamiento* de la filosofía a partir de sus renovadas relaciones con la poesía.

Por lo anterior, sostengo que recorrer las relaciones entre filosofía y poesía es otro modo de abordar la historia de la filosofía; otra perspectiva, otro punto de partida, otro horizonte, que arroja, en definitiva, otra luz sobre la filosofía y que abre, simultáneamente, otro camino para ella.

Para pensar dicha relación, me enfocaré no en Nietzsche ni en Heidegger o Gadamer, sino en la filósofa española María Zambrano, puesto que esta relación se presenta como uno de los ejes centrales de su pensamiento. Desde él no sólo elabora una lectura crítica de la tradición filosófica, sino, también, hace emerger una de sus más significativas propuestas: la razón poética. Es indudable que toda discusión contemporánea acerca de las relaciones entre filosofía y poesía cruza o bordea la filosofía de Zambrano. En el presente ensayo analizaré brevemente la relación entre filosofía y poesía que la pensadora española establece en su texto *Filosofía y poesía*.

María Zambrano considera a la filosofía y a la poesía como dos mitades del hombre en enfrentamiento constante. Ambas, pareciera, anuncian la totalidad del ser humano, la cual se vislumbra, quizá, inalcanzable; una totalidad que recuerda al *Eros* platónico de *El banquete* o al Sócrates músico de Nietzsche.¹

A partir del enfrentamiento y entrecruzamiento entre filosofía y poesía es posible relatar, interpretar, la historia del pensamiento occidental. María Zambrano ensaya en *Filosofía y poesía* otro punto de partida distinto al tradicional para contar esta historia: la relación entre filosofía y poesía; experimenta la posibilidad de que la vida humana se dé, se desenvuelva, entre el filósofo y el poeta. El filósofo,

¹ Cfr. Friedrich Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 1994.

porque representa al hombre en su historia universal; el poeta, porque personifica al hombre individual. La vida humana se desenvuelve, entonces, entre universalidad e individualidad; entre la historia universal que cargamos, que llevamos a cuestas, y la propia, que fraguamos a cada paso; entre el encuentro gratuito que es la poesía y la búsqueda esforzada y violentada por el método que es la filosofía; entre la luz y la tiniebla; entre el ascenso y el descenso.

Filosofía y poesía son dos caminos distintos donde el hombre se gana a sí mismo, construye su ser y existencia y hace de este mundo un lugar humano: construcción amorosa del hogar, lograda tras una lucha incesante con la realidad, batalla que se realiza con la palabra, filosófica o poética: dos modos distintos de nombrar, palabra que emerge con toda su fuerza ontológica, originaria; palabra de revelación, de develación.

¿Por qué hablar de una batalla con la realidad? ¿Qué es la realidad para poder hablar de ella en términos de un enfrentamiento que se libra con la palabra?

En su texto *El hombre y lo divino*, María Zambrano asegura que la realidad “es algo anterior a las cosas, es una irradiación de vida que emana desde un fondo de misterio, es la realidad oculta, escondida”.² A esto le llama lo *sagrado* en contraposición a lo *divino*, que corresponde al desocultamiento, al aparecer. Lo *sagrado* y lo *divino* se muestran en dicho texto como categorías ontológicas que hablan del ocultamiento y del desocultamiento de la realidad que se realiza con la palabra poética y que poéticamente abre el hombre su espacio en el mundo.³

Lo abre porque la realidad, en primera instancia, se le presenta al hombre como una ocultación radical del mundo y de sí mismo; por ello, María Zambrano puede afirmar que no hemos inventado la realidad, ésta no es un constructo, sino que la hemos encontrado con nuestra vida: la realidad es un padecer que nos llega arrolladoramente y a la cual nos enfrentamos temerosos, angustiados, horrorizados, y en la cual estamos de modo irremediable. En la realidad avasalladora como *continuum* sin nombres y sin distinción nos encontramos prisioneros del delirio, dice Zambrano, del “delirio visionario del Caos y de la ciega noche”.⁴

² María Zambrano, *El hombre y lo divino*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 33.

³ Esta idea no deja de recordarme al Heidegger de *Hölderlin y la esencia de la poesía* (Barcelona, Anthropos, 1989), donde afirma que: “Poéticamente es como el hombre hace de esta tierra su morada” (p. 37).

⁴ María Zambrano, *El hombre y lo divino*, op. cit., p. 28.

El filósofo y el poeta son prisioneros del delirio, el asombro, la realidad. El hombre debe salir del delirio primero para encontrar su ser, para ganarlo ya sea por búsqueda (como la filosofía) o por donación (como la poesía). Pero es desde ese delirio frente a la realidad donde emerge la manifestación de lo divino, instante que comienza a proyectar luz sobre la tiniebla: que se abra lo divino desde las entrañas de lo sagrado, que comiencen a aparecer las formas, las figuras, que aparezcan los dioses como una forma de trato con la realidad.

María Zambrano asegura que cuando no hay dioses todavía, ¿para qué crearlos?

Si se les ha creado debe de ser por algo ineludible. Es, sin duda, el aspecto primario, original de la tragedia que es vivir humanamente. Pues antes que entrar en lucha con otro hombre y más allá de esa lucha, aparece la lucha con ese algo que más tarde, después de un largo y fatigoso trabajo, se llamarán dioses.⁵

Dioses como palabra primera, como nombramiento poético originario. Los dioses permitirán la apertura del delirio, porque, según Zambrano, éste se abre gracias a un pacto con ellos, el cual permite nombrar y ordenar, dar forma y un lugar.

Con la aparición de los dioses —lo cual representa una larga y fatigosa lucha—, el hombre puede ya caminar sobre un espacio abierto, desocultado y, también, comienza a salir de la ocultación primera de su ser: con los dioses el hombre gana mundo y se gana también a sí mismo. Mas en este momento todo se encuentra poblado de dioses, el hombre está lejos de tener un espacio propio, de sentirse libre, antes bien, se siente poseído: posesión divina, manía divina. Esta posesión se refleja, se refracta en la poesía: fruto del delirio divino, no de la sabiduría humana, como en su momento señalaron los griegos. La poesía no es nuestra, sino de los dioses. Allí encuentra Zambrano a Platón, quien como guerrero trataría, en ese espacio poblado todo de dioses, de ganar algo para el hombre: el conocimiento. Platón encarna la lucha entre filosofía y poesía: un enfrentamiento proveniente no del *logos*, sino del delirio primero. Y es que Platón vivía en medio del terror trágico, de la injusticia divina representada en la tragedia, donde el destino del hombre se le escapaba a él mismo de las manos; donde el mismo Prometeo, expresión desenfadada de libertad, sucumbe ante la ira de Zeus.

⁵ *Ibid.*, p. 26.

La condena platónica de la poesía⁶ es el gran triunfo del *logos* del pensamiento filosófico para el mundo occidental; una conquista que representaría, para la poesía, la marginación, *la vida en los arrabales*, al decir de Zambrano. Un triunfo a partir del cual la filosofía desterraría, exiliaría, a la poesía del reino de la verdad durante muchos siglos.

En la condena platónica se anuncia el imperio del conocimiento —la filosofía sistemática y el andar errante de la poesía— y, también, la escisión del *logos*, de la palabra, que ahora es tanto verdadera como falsa; la palabra oscila entre la razón y la sinrazón, dependiendo de si es fruto del hombre o de la inspiración divina. Son las mismas palabras, porque el filósofo y el poeta hablan igual, las que dicen verdad o mentira. La palabra, filosófica o poética, surge siempre del delirio, de la admiración y, por ende, del terror ante la realidad; proviene de la sorpresa (*thauma*), de la angustia. La palabra es grito, alarido frente a la sobreabundancia de la realidad.

Es tanto lo que hay (la realidad), que la reacción primera es un *pasmo extático ante las cosas*, afirma Zambrano; mas la filosofía encuentra el camino del desprendimiento, de la liberación, por medio de la violencia; la filosofía ha de elevarse sobre la realidad y, por ello, le llama Zambrano *un éxtasis fracasado por un desgarramiento*. La filosofía lleva, como corona y a la conciencia, *ese desgarramiento del alma*.

Frente a la realidad, la filosofía comenzó su esfuerzo metódico por buscar algo más allá de la realidad; búsqueda inagotable y, también, infructuosa, de algo que no poseeríamos pero que, al menos, la promesa, la esperanza, de tenerlo podría tranquilizarnos. De cara a la gratuidad de la realidad, la filosofía buscó la verdad trascendente; frente a la gratuidad de la realidad, la poesía se aferró a ella. La palabra se divide, se escinde, y los caminos se separan. La senda del filósofo está marcada por la persistente interrogación y la del poeta por su enamoramiento a las cosas.

El camino de la filosofía sería el más seguro. ¿Cómo no habría de serlo? Seguro, porque es solamente suyo, porque lo ha creado y construido a imagen y semejanza de su esperanza. Seguro, porque por el filósofo transita el conocimiento: espejo de

⁶ Debe recordarse que la condena platónica de la poesía consiste, entre otras cosas, en asegurar que el arte se encuentra a triple distancia del ser. *Cfr.* Platón, *República*, libro X, 599a: “sus obras [de los poetas] que están a triple distancia del ser y que sólo componen fácilmente a los ojos de quien no conoce la verdad, porque no componen más que apariencias, pero no realidades” (Madrid, Gredos, 1993).

la esperanza de poder afirmar el ser frente al devenir. Y es que la realidad era tanta y nosotros tan indefensos que la filosofía construyó una realidad más cómoda, más segura, donde pudiera moverse sin tropiezos, donde la luz venciera a la tiniebla, a cualquiera.

Mientras el poeta perseguía desde su marginación la heterogeneidad, la filosofía había ya ganado la homogeneidad y la unidad, más construidas por ella; filosofía cual monólogo autorreflejante, pero sólo por amor a la unidad, por querer salvarnos y poseerlo todo. El filósofo lo quiere todo pero, “el poeta no quiere propiamente todo, porque teme que en este todo no esté en efecto cada una de las cosas y sus matices; el poeta quiere una, cada una de las cosas sin restricción, sin abstracción ni renuncia alguna”.⁷ Así, mientras el filósofo se quedaba con el ser, el poeta abarcaba al ser y al no-ser, porque la palabra poética se arrojó al abismo para sacar “de la nada a la misma nada y darle rostro y nombre”.⁸ Si la filosofía trabajaba con abstracciones, la poesía había de nombrar lo innombrable. Filosofía como movimiento ascendente hacia lo trascendente y poesía como movimiento descendente hacia lo inexpresable, hacia los íferos.

La filosofía construiría el método que le garantizara la verdad y la poesía encontraría la verdad —no la filosófica, por supuesto— sin método. Mas la verdad poética sería tachada de mentira; esto es así desde que Platón escribiera su condena, porque para él, dice Zambrano con un fuerte espíritu nietzscheano,

[...] la poesía representa a la mentira, todo representar es ya mentira. No hay más verdad que la que refleja al ser que es. Lo demás es casi crimen. La creación humana es puramente reflejante; limpio espejo el hombre, en su razón, del ordenado mundo, reflejo a su vez de las altas ideas. Lo que no es razón, es mitología, es decir, engaño adormecedor, falacia; sombra de la sombra en la pétreo pared de la caverna.⁹

Optimismo, eso es lo que observa Zambrano en Grecia con sus ojos nietzscheanos: una confianza en la razón nacida de la esperanza y de la condena. Frente a la desesperanzadora tragedia, la razón griega ofrecería esperanza alejándose del delirio, la embriaguez y el infierno en que se sumerge la poesía.

⁷ María Zambrano, *Filosofía y poesía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 22.

⁸ *Ibid.*, p. 23.

⁹ *Ibid.*, p. 30.

Frente a esta unión de razón y esperanza que se anunciaba en la filosofía, la poesía se revelaba con su sinrazón, sin ofrecer consuelo, sino ínferos y abismos. Llegaría después la época, ésta, la nuestra, donde, según Zambrano, los papeles se invertirían: la filosofía como el reino de la desolación y la poesía como el del consuelo. Inversión que no se traduce —todavía— en reunión.

Sin reunión, porque ya desde Grecia poesía y filosofía habían separado sus caminos y, con ello, su proceder y su procedencia. Filosofía y poesía no son sólo dos miradas distintas sobre el mundo sino, también, sobre nuestro ser: la una habla de posesión —autoposesión— y la otra de esclavitud. El filósofo se quiere dueño de sí mismo y ambiciona ganar su ser con el esfuerzo del concepto: se quiere consciente, autoconsciente; aspira a ser conciencia iluminadora de todo lo real; quiere, ante todo, ser *sí mismo* y no un *otro*. El poeta se entrega, sin intenciones ni compromisos, al delirio, a la palabra; no quiere reinar sobre ella sino dejarse inundar por ella, tampoco anhela poseer, sino sentirse poseído para sentirse demasiado humano. El filósofo quiere su ser a través de la búsqueda y el poeta, por donación; por eso no ha de encontrarse el hombre entero ni en la filosofía ni en la poesía.

La palabra filosófica emergería, entonces, desde la conciencia y la poética desde las entrañas, de ahí los encuentros —que son ya siempre desencuentros— entre las dos palabras.

Son muchos, innumerables, los encuentros y desencuentros que sufrirían filosofía y poesía desde que Platón escribió su condena, desde que se vio inundado —incluso redimido— por la poesía. Porque si la condena platónica desterró a la poesía para que viviera en la obscuridad, eso no implicó —ni siquiera en Platón— que filosofía y la poesía no se encontraran y no se miraran de frente.

Entrelazadas vivieron por el cristianismo en la Edad Media y el Renacimiento y, cuando la filosofía nació por segunda vez, en la Modernidad, convivieron casi armoniosamente, al decir de Zambrano; pues esta filosofía soberbia, irreverente frente a Dios, que hace al hombre autónomo —tanto como quizá nunca se hubiese imaginado—, necesitaba hacernos creadores, artistas, poetas. “Ahora sí, realmente era ya el hombre a imagen y semejanza de Dios, pero tan imagen que en verdad no era imagen, es decir, reflejo, copia, destello, sino como antes se concibiera a Dios, libre y creador. Creador”.¹⁰

¹⁰ *Ibid.*, p. 77.

Precisamente ahí está el Romanticismo (con Friedrich Hölderlin, Novalis, Víctor Hugo, entre otros), como el gran abrazo entre filosofía y poesía, porque aquí ambas son creadoras del universo.

Curiosamente, Zambrano encuentra que es en nuestra época cuando poesía y filosofía se ignoran; lo hacen después de Paul Valery y Stéphane Mallarmé con la creación de la poesía pura, que renuncia al delirio, busca el método y arroja la lucidez —de la conciencia— sobre el acto creador, *poiético*: el poeta ahí se olvida del delirio, de la posesión divina. El poeta se quiere dueño de sí mismo. “En esta era de la conciencia [afirma Zambrano] la poesía ha adquirido conciencia”.¹¹ Por su parte, la razón filosófica, de tanto cerrarse en su sistema absoluto e invulnerable, ha terminado por no encontrar otra cosa más que a ella misma. Negación de su origen poético. Entre estos encuentros y desencuentros, poesía y filosofía no han dejando nunca de ser distintas: una desciende hacia el abismo, la otra asciende hacia el concepto; las escinde, sobre todo, el *método*.

Por eso pregunta Zambrano: ¿no será posible que algún día afortunado la poesía recoja todo lo que la filosofía sabe, todo lo que aprendió en su alejamiento y en su duda, para fijar lúcidamente y para todos, su sueño?¹²

Pregunto yo ahora si el pensamiento de Zambrano no es acaso la aurora deslumbrante de ese mañana, porque su palabra no es alejamiento ni construcción de sistemas, sino apego, tan cercano a las cosas y al origen, que hiere y desgarrar la conciencia; porque su método es el descenso, porque su razón caminante es la razón poética, porque su palabra no es concepto ni idea, sino metáfora que sugiere, que no afirma con contundencia, pero que tampoco renuncia a la luz ni a la conciencia ni al conocimiento; su palabra lúcida ilumina sin humillar ni vencer a la tiniebla. Su palabra es eco que resuena entre filosofía y poesía.

¹¹ *Ibid.*, p. 82.

¹² *Ibid.*, p. 99.